

madras entre las naturalezas masculina y femenina ha sido *justamente* cuestionada por los antropólogos culturales, aunque *las objeciones de estos críticos tienden a ser más ideológicas que científicas*.<sup>10</sup>

Uno se pregunta cómo pueden ser “justamente” cuestionadas unas teorías con “objeciones más ideológicas que científicas”. ¿No será que a García Leal le parece muy bien que se critiquen los argumentos basados en las diferencias entre la naturaleza masculina y femenina, aunque a falta de objeciones científicas se planteen objeciones ideológicas? Algo de objeción ideológica tienen sus propias críticas a la idea (que atribuye a una miope sociobiología) de la “guerra de los sexos”.

La idea, de la que García Leal hace gala a lo largo de todo el libro, de que varones y mujeres están condenados a entenderse porque ambos tienen el mismo interés reproductivo y deben colaborar para consumarlo, aunque es sólo una idea biológica, parece enraizada en la consideración de la igualdad de derechos entre ambos sexos, noble aspiración humana que, por cierto, nada tiene que ver con la biología. Esto se revela de manera muy clara en el epígrafe titulado ‘¿Es machista la selección natural?’.

García Leal insiste en este apartado al recordarnos su idea fundamental: no hay conflicto sexual entre varones y mujeres porque ambos son socios antes que competidores en la tarea de reproducirse. La selección natural, viene a decirnos, no puede ser machista, porque, desde un punto biológico, no interesa que la reproducción, cosa de dos, vea disminuida su eficacia en ningún sentido. Si así fuera, la propia selección natural habría hecho su trabajo abocando a callejones sin salida genéticos a aquellas poblaciones que no obtuvieron un resultado óptimo en términos reproductivos. Cualquier desviación de esta regla hay que achacarla a la evolución cultural, como ya hemos visto a propósito de la violación.

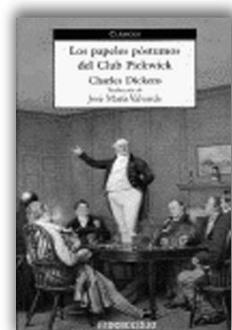
La posición de García Leal, al menos en lo que al capítulo octavo de su libro se refiere, podría enmarcarse dentro de lo que Ghiglieri denomina *la escuela Bambi de la biología*, una visión de la naturaleza propia de Disney, que

“equilibrio” aparente, e incluso por su capacidad de colaboración. Admira al ciervo por su belleza y su rapidez, y admira a regañadientes al león por su potencia y su nobleza. Según esta visión, lo realmente malo que pueda darse en nosotros se debe a un problema sociocultural que puede resolverse volviendo a socializar a los individuos.<sup>11</sup>

La selección natural también puede haber hecho prevalecer rasgos de comportamiento que conducen a dificultades y limitaciones en la propia tarea de sobrevivir y reproducirse. Las tendencias que surgen de ella no tienen por qué ser legítimamente coherentes entre sí, y a menudo incurren en prestaciones y contraprestaciones que ponen a un organismo (o a una especie) en situación de difícil equilibrio. El mejor ejemplo lo tenemos en la violación. Parece demostrado que la selección natural puede operar hasta con una pequeña ventaja reproductora, de tan sólo un 1 %. No todo lo que funciona en contra de los intereses reproductivos de las mujeres ha tenido que sufrir el rechazo de la selección natural; aunque hoy día sólo un 5 % de las víctimas en edad fértil de la violación quedan embarazadas, sólo en Estados Unidos se producen unos 32.000 embarazos anuales a causa de la violación, una cifra que pudo ser proporcionalmente superior en el Paleolítico, cuando no existían leyes contra los violadores ni medios anticonceptivos a largo plazo.

Las tácticas de seducción habituales entre los hombres consisten en mostrarse como buenos inversores parentales futuros, y para eso han de usar más la amabilidad y las atenciones que la violencia. Pero, dado que las mujeres discriminan más que los hombres en la búsqueda de pareja, las reticencias femeninas ante el interés sexual pueden echar por tierra esas tácticas habituales de seducción y, como dice Steven Pinker, multiplicar determinados factores de riesgo: ser un joven perdedor, marginado, un agitador (o soldado) de causas étnicas que concibe al enemigo como un ser infrahumano, etc. Puede ser cierto que la mayoría de los hombres no haya sentido nunca el deseo de violar mujeres, y puede que la mayoría de los que se lo han planteado no hayan concebido nunca el plan de llevarlo a cabo. Pero eso no ha de impedirnos

observar que en *todas* las sociedades humanas existe la violación, que está presente también en muchas especies del reino animal (si se prefiere, en especies no humanas puede denominarse “cópula forzada”). Quizá la violación no sea tanto una adaptación específicamente seleccionada como un subproducto de la violencia masculina; tanto si nos la planteamos como estrategia sexual seleccionada directamente o como efecto de una suma explosiva de violencia y dominación del macho sobre la hembra, lo cierto es que estaremos apuntando más hacia la naturaleza que hacia la cultura. Conviene no olvidar que la selección natural no siempre implica bondad.



**DICKENS, TOLSTÓI,  
CHESTERTON**

**Javier Alcoriza**

**1**

**EL REALISMO DE DICKENS**

**CHARLES DICKENS**  
**Los papeles póstumos del**  
**Club Pickwick**

(trad. de José María Valverde,  
prólogo de Jordi Llovet, Debolsillo,  
Barcelona, 2005).

Walter Savage Landor decía que Dickens le arrancaba sonrisas y lágrimas. En la larga novela de *Los papeles póstumos del Club Pickwick* hay, de hecho, episodios cómicos y trágicos, capaces de arrancar, en efecto, la risa y el llanto del lector. Es mérito del novelista haber sabido combinar ambos extremos en el transcurso de la acción: es el arte de Dickens, en otras palabras, lo que abarca, sin destruir la cohe-

11. MICHAEL P. GHIGLIERI, *El lado oscuro del hombre*, pp. 223-224.

admira a la naturaleza por su armonía y su belleza, así como por su

madras entre las naturalezas masculina y femenina ha sido *justamente* cuestionada por los antropólogos culturales, aunque *las objeciones de estos críticos tienden a ser más ideológicas que científicas*.<sup>10</sup>

Uno se pregunta cómo pueden ser “justamente” cuestionadas unas teorías con “objeciones más ideológicas que científicas”. ¿No será que a García Leal le parece muy bien que se critiquen los argumentos basados en las diferencias entre la naturaleza masculina y femenina, aunque a falta de objeciones científicas se planteen objeciones ideológicas? Algo de objeción ideológica tienen sus propias críticas a la idea (que atribuye a una miope sociobiología) de la “guerra de los sexos”.

La idea, de la que García Leal hace gala a lo largo de todo el libro, de que varones y mujeres están condenados a entenderse porque ambos tienen el mismo interés reproductivo y deben colaborar para consumarlo, aunque es sólo una idea biológica, parece enraizada en la consideración de la igualdad de derechos entre ambos sexos, noble aspiración humana que, por cierto, nada tiene que ver con la biología. Esto se revela de manera muy clara en el epígrafe titulado ‘¿Es machista la selección natural?’.

García Leal insiste en este apartado al recordarnos su idea fundamental: no hay conflicto sexual entre varones y mujeres porque ambos son socios antes que competidores en la tarea de reproducirse. La selección natural, viene a decirnos, no puede ser machista, porque, desde un punto biológico, no interesa que la reproducción, cosa de dos, vea disminuida su eficacia en ningún sentido. Si así fuera, la propia selección natural habría hecho su trabajo abocando a callejones sin salida genéticos a aquellas poblaciones que no obtuvieron un resultado óptimo en términos reproductivos. Cualquier desviación de esta regla hay que achacarla a la evolución cultural, como ya hemos visto a propósito de la violación.

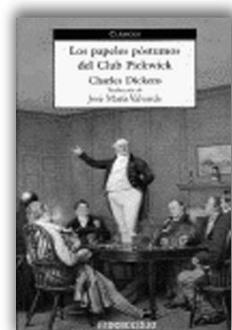
La posición de García Leal, al menos en lo que al capítulo octavo de su libro se refiere, podría enmarcarse dentro de lo que Ghiglieri denomina *la escuela Bambi de la biología*, una visión de la naturaleza propia de Disney, que

“equilibrio” aparente, e incluso por su capacidad de colaboración. Admira al ciervo por su belleza y su rapidez, y admira a regañadientes al león por su potencia y su nobleza. Según esta visión, lo realmente malo que pueda darse en nosotros se debe a un problema sociocultural que puede resolverse volviendo a socializar a los individuos.<sup>11</sup>

La selección natural también puede haber hecho prevalecer rasgos de comportamiento que conducen a dificultades y limitaciones en la propia tarea de sobrevivir y reproducirse. Las tendencias que surgen de ella no tienen por qué ser legítimamente coherentes entre sí, y a menudo incurren en prestaciones y contraprestaciones que ponen a un organismo (o a una especie) en situación de difícil equilibrio. El mejor ejemplo lo tenemos en la violación. Parece demostrado que la selección natural puede operar hasta con una pequeña ventaja reproductora, de tan sólo un 1 %. No todo lo que funciona en contra de los intereses reproductivos de las mujeres ha tenido que sufrir el rechazo de la selección natural; aunque hoy día sólo un 5 % de las víctimas en edad fértil de la violación quedan embarazadas, sólo en Estados Unidos se producen unos 32.000 embarazos anuales a causa de la violación, una cifra que pudo ser proporcionalmente superior en el Paleolítico, cuando no existían leyes contra los violadores ni medios anticonceptivos a largo plazo.

Las tácticas de seducción habituales entre los hombres consisten en mostrarse como buenos inversores parentales futuros, y para eso han de usar más la amabilidad y las atenciones que la violencia. Pero, dado que las mujeres discriminan más que los hombres en la búsqueda de pareja, las reticencias femeninas ante el interés sexual pueden echar por tierra esas tácticas habituales de seducción y, como dice Steven Pinker, multiplicar determinados factores de riesgo: ser un joven perdedor, marginado, un agitador (o soldado) de causas étnicas que concibe al enemigo como un ser infrahumano, etc. Puede ser cierto que la mayoría de los hombres no haya sentido nunca el deseo de violar mujeres, y puede que la mayoría de los que se lo han planteado no hayan concebido nunca el plan de llevarlo a cabo. Pero eso no ha de impedirnos

observar que en *todas* las sociedades humanas existe la violación, que está presente también en muchas especies del reino animal (si se prefiere, en especies no humanas puede denominarse “cópula forzada”). Quizá la violación no sea tanto una adaptación específicamente seleccionada como un subproducto de la violencia masculina; tanto si nos la planteamos como estrategia sexual seleccionada directamente o como efecto de una suma explosiva de violencia y dominación del macho sobre la hembra, lo cierto es que estaremos apuntando más hacia la naturaleza que hacia la cultura. Conviene no olvidar que la selección natural no siempre implica bondad.



**DICKENS, TOLSTÓI,  
CHESTERTON**

**Javier Alcoriza**

**1**

**EL REALISMO DE DICKENS**

**CHARLES DICKENS**

**Los papeles póstumos del  
Club Pickwick**

(trad. de José María Valverde,  
prólogo de Jordi Llovet, Debolsillo,  
Barcelona, 2005).

Walter Savage Landor decía que Dickens le arrancaba sonrisas y lágrimas. En la larga novela de *Los papeles póstumos del Club Pickwick* hay, de hecho, episodios cómicos y trágicos, capaces de arrancar, en efecto, la risa y el llanto del lector. Es mérito del novelista haber sabido combinar ambos extremos en el transcurso de la acción: es el arte de Dickens, en otras palabras, lo que abarca, sin destruir la cohe-

11. MICHAEL P. GHIGLIERI, *El lado oscuro del hombre*, pp. 223-224.

admira a la naturaleza por su armonía y su belleza, así como por su

rencia, la multitud de escenas que desfilan ante nosotros. Ningún novelista puede dejar de ser, en cierto modo, cronista de la realidad que hace revivir en sus páginas, que serán, si estamos dispuestos a admitirlo, un reflejo de cuanto conocemos, directa o indirectamente, por experiencia propia o, como en este caso, a través de su obra. Con la risa y el llanto, digámoslo así, Dickens nos aproxima a un mundo que aceptamos, sin demasiados reparos, tal como nos lo presenta. Esa aceptación es un tributo al arte del escritor, a su capacidad para modular verbalmente acontecimientos que, de esa manera, formarán parte de nuestra memoria. También sabemos, o suponemos, que Dickens ha escogido y transformado para su historia materiales que estaban a su alcance, que no ha inventado, salvo en bien de la fábula o la imaginación, el trasfondo social, legal, económico, es decir, peculiarmente humano, de sus descripciones. En este sentido, lo calificamos acertadamente de realista y no contamos esa deuda como un defecto, sino como su fuente de su inspiración. Dickens traslada a la obra una serie de aventuras que tienen, y seguirán teniendo, al margen de los cambios que haya en el mundo, un interés por sí mismas. Además, el lector podrá atender al sombrío panorama de Inglaterra en el umbral de la industrialización,<sup>1</sup> y recoger las tremendas visiones de la cárcel de deudores como una inestimable pintura negra de abusos y humillaciones, al parecer, nada insólitos, y esa aproximación estará justificada, por extraño que parezca, por el placer que despierta la lectura. La gran torsión que hay en el interior de *Los papeles póstumos del Club Pickwick* está producida, de hecho, por ese irredento pozo de dolor, soledad y olvido en que se hunden muchos de los seres humanos allí retratados, pero otra torsión —una retorsión— superior resulta posible, sin embargo, por la capacidad de alterar el centro de interés sin disminuir ni adulterar la calidad humana de la narración. No podremos olvidar ni menospreciar la risa ni el llanto que Dickens ha suscitado en nosotros, y esta apreciación sólo es digna de quien

puede emular el poder de la vida misma: porque, hasta cierto punto, Dickens ha decidido figurar en su historia (¿o en la historia?, ¿de la literatura?), por lo que venimos diciendo, como un intermediario antes que como un creador. Ese papel retórico, ligeramente secundario, en aventuras ajenas es, por otra parte, el que le adjudica a menudo a su protagonista, el fundador del Club Pickwick. Pickwick y los pickwickianos aspiran a lo que aspira la mayoría de los hombres: a conocer el mundo y registrar por filantropía el valor de sus descubrimientos más notables. El propósito desinteresado va cediendo su lugar, no obstante, a la acción, hasta el momento en que Pickwick, después de salir de prisión, concierta el matrimonio de Winkle, Snodgrass y su criado, Sam Weller, y se retira plácidamente a su casa a las afueras de Londres. Salir en busca de conocimiento y volver, por así decirlo, enredados, cómica y trágicamente, por un mundo al que mueven impulsos que están más allá del propio arbitrio y aun de toda capacidad de comprensión, parece nuestro hado común. Sin embargo el viaje de Pickwick, mientras ha durado, ha sido una travesía social y moral: ha proporcionado la debida experiencia de tipos y situaciones humanas tanto a los personajes como a los lectores y los ha mantenido en un estado de distracción que no eludía las atenciones. Entre las escenas más joviales y las más lúgubres, la transición ha sido factible gracias a Pickwick, en cuyo carácter y conducta Dickens nos ha permitido depositar la confianza. Este hombre sin parentesco aparente, de nobles afectos que no excluyen en ocasiones la pompa o la picardía, tiene una presencia imponente —no sólo en el sentido evidente, casi grotesco— a lo largo de toda la novela. Será la víctima, así como los miembros de su club, por una parte, de las bromas de Jingle y Job Trotter, y pasará a ser, en los capítulos finales, el protector del cómico de la legua y su criado. Presenciamos, desde el comienzo, historias desoladoras de abandono y muerte, pero ninguna dejará, a mi juicio, tan honda huella como la mera visión de Jingle en la “parte

de los pobres” de la cárcel de Fleet, tras ser descubierto por Pickwick. Es evidente que podíamos estar persuadidos de antemano de la magnanimidad de Pickwick, pero su inmediato comportamiento con Jingle y Trotter es de lo más conmovedor que hay en la larga secuencia de escenas conmovedoras de Dickens. Que el mundo era un lugar amenazador quedaba apuntado antes de ese hallazgo, pero ver al cómico sumido en la pobreza y la desesperación es el golpe más duro que Dickens ha infligido a sus lectores: el consuelo debía ser equivalente, de modo que sólo Pickwick, después del calvario del juicio y la indignidad de la condena, podía obrar, por así decirlo, el milagro de su rehabilitación. Un hombre capaz de rescatar, no por pura compasión, a aquél que reiteradamente se ha burlado de él o de sus amigos, ha de ser admirado en adelante a una nueva luz. Se diría incluso que, al conducirse así, Pickwick admitiera haber disfrutado secretamente, por un resquicio de suprema salud, de todos los aprietos en que Jingle les había puesto a él y a los suyos. Lo que quedaba a continuación era, por supuesto, hallar un retiro apropiado para el resto de sus días. Sin embargo, en el saldo de Pickwick debe tenerse en cuenta también su anterior resolución de no pagar la multa de su condena por el risible caso de “Bardell contra Pickwick” y su voluntad de permanecer encerrado a solas, frustrada por el estrambótico encarcelamiento de Sam Weller. Sam ha llegado a querer a su amo hasta el punto de no consentir en dejarlo solo en un ambiente tan corrompido como el de la cárcel de Fleet, y Pickwick se resignará a esa prueba de fidelidad absoluta. Sólo por la mediación del señor Perker, Pickwick volverá a ser libre, una vez que su abogado le explique la conveniencia de llegar a un acuerdo con la parte contraria, después de que la señora Bardell haya sido, a su vez, encarcelada por impago. No en vano, el señor Perker formará parte del grupo que celebre al final el anunciado matrimonio de Emily y Snodgrass, el poeta pickwickiano. La pluma de Dickens comprende e ilustra la necesidad

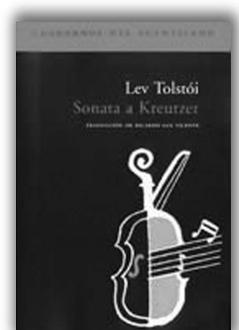
1. “Al avanzar traqueteando por las estrellas calles que llevaban al centro del torbellino, las visiones y los sonidos del trabajo diligente penetraron más energicamente por sus sentidos. Las calles estaban llenas de trabajadores. El zumbido de la actividad resonaba en todas las casas; brillaban luces tras las ventanas alargadas de las buhardillas; y el ruido de los engranajes y el estrépito de las máquinas agitaba los muros temblorosos. Los fuegos, cuya luz hosca y temible se había hecho visible a varias millas de distancia, lanzaban feroces llamaradas en las grandes fábricas e industrias de la ciudad. El tintineo de los martillos, los chorros de vapor y el golpear pesado y sordo de las máquinas era la áspera música que surgía en todas partes” (p. 882).

de matizar a los individuos según su conducta, antes que según su profesión, lo que no le impide lanzar sobre la administración de justicia, en general (como no podía ser menos por la responsabilidad atribuida nominalmente), una permanente sombra de sospecha, que se prolongará hasta la solución del caso del testamento de la madrastra de Sam: el argumento de *Casa desolada* se concentrará, casi kafkianamente, en un laberinto moral de pleitos absurdos e interminables. Con todo, el mundo de Dickens, la Inglaterra de Pickwick, es un país habitable, que no provoca una censura absoluta, sino que invita a fijarse, sin insistencia ni complacencia, en todo lo que podría ser mejorado. Las historias susceptibles de concluir con una moraleja, por cierto, serían aquéllas dotadas de mayor fantasía, como el episodio de la butaca parlante o el de los duendes en el cementerio, los relatos de personajes del relato, que evocan los cuentos navideños de su autor. *Los papeles póstumos* imitan el movimiento de la vida antes que sus contenidos, por lo que, como sabe el lector, el novelista ni siquiera nos ahorra verbalmente las circunstancias o detalles con que nos encontramos y que, a pesar de las expectativas, resultarían gratuitas. ¿Acaso no nos acostumbramos a esa especie de flecos de la trama que contribuyen, con su aparente falta de importancia, a la más genuina impresión de realismo literario? La voz de Dickens está dispuesta a acompañarnos incluso cuando no tiene nada que añadir en beneficio de la acción. Esa lealtad imaginativa a las observaciones parciales va abonando la idea que nos hacemos sobre el autor y ha de ser añadida al resto de sus diversos y justificados méritos. Una novela de tan largo aliento y sostenido interés como la del Club Pickwick es capaz de multiplicar e iluminar la calidad de las relaciones que se establecen con la realidad, y aun las cuestiones de estilo y composición dependerán, en última instancia, del veredicto al que lleguemos tras asistir a la serie de peripecias en que sus personajes se ven envueltos. Dickens, como Pickwick, parece haber aceptado las cosas como son, y haber reser-

vado para su protagonista un margen de maniobra característico en medio de un constante vaivén de iniciativas y equivocaciones. Con esta perspectiva, , sin embargo, sería difícil intentar calificar la más amplia consideración del curso de los hechos en *Los papeles póstumos*, pero la mera lectura de la obra no respalda la distinción de ser “uno de los libros más seria y profundamente cristianos que se han escrito”, la cual resultaría más apropiada, por ejemplo, para *Misericordia*, de Benito Pérez Galdós: la generosidad de Pickwick no puede confundirse con la abnegación de Benina. Sería más oportuno señalar que la novela de Dickens pertenece a una tradición narrativa que arranca, como es sabido, de Cervantes (con todos sus epígonos ingleses) y que —a favor de la ficción, antes que de la teología de *El progreso del peregrino*— aspira a la enmienda de la conducta antes que a la conversión espiritual. Esa apreciación transigente del orden de las cosas, incluidas las celebraciones festivas, tiene poco que ver con la condena de un mundo pecaminoso y permite llegar a acuerdos razonables con tal orden sin ofender a los sentimientos naturales de nadie. No olvidamos que la mayor parte de la oscuridad que reina en los papeles pickwickianos proviene de la pobreza, aunque la raíz más profunda de la verdadera miseria no sea de índole material. La recomendación del humor pickwickiano es lo bastante sólida por el hecho de que no pretende convertirse en un recurso de salvación frente al mundo, sino en una referencia saludable o “realista” para los desafíos que constituyen el viaje más o menos desinteresado de una vida. Esa libertad humana, shakespeariana, de acción, aun en caracteres tan poco shakespearianos como los miembros del Club Pickwick, ocuparía un lugar preferente en la ética de la literatura de Dickens, que puede interpretarse menos como un evangelio secularizado, aun cuando el autor escribiera *The Life of Our Lord*, que como un reflejo verbal —con toda la precaución con que ha de entenderse esa expresión— de experiencias que admiten una traducción no verbal.

Dejemos a nuestro amigo en uno de esos momentos de felicidad sin reservas, de los cuales, si los buscamos, siempre hay algunos que alegran nuestra transitoria existencia en este mundo. Hay sombras oscuras en la tierra, pero sus luces son más fuertes por contraste. Algunos hombres, como los murciélagos o los búhos, tienen mejor mirada para la oscuridad que para la luz. Nosotros, que no tenemos tales poderes ópticos, preferimos lanzar nuestra última mirada de despedida a los que nos han acompañado en visiones durante tantas horas de soledad, ahora que el breve fulgor del sol de este mundo resplandece de lleno en ellos.

Enfatizar que se trata de “este mundo” y “la tierra”, en definitiva, tendrá menos peso que la propia distinción de Dickens, que subraya, como vemos, al final de la lectura y “tantas horas de soledad”, el valor de la mirada por encima de las sombras y las luces que nos rodean.



## 2

## LA URNA Y LA SONATA

LEV TOLSTÓI  
Sonata a Kreutzer

(traducción y notas de Ricardo San Vicente, Acanalado, Barcelona, 2005).

En una entrevista con el escritor judío Isaac Bashevis Singer, el novelista galardonado con el Premio Nobel de Literatura declaraba que el arte de la literatura mueve el espíritu en todas direcciones, pero no lo conduce a ninguna parte. El mismo autor, en su cuento ‘La aguja’, narra la historia de la búsqueda de esposa para un joven judío por parte de su madre. Dar con la esposa adecuada, por aludir al símil